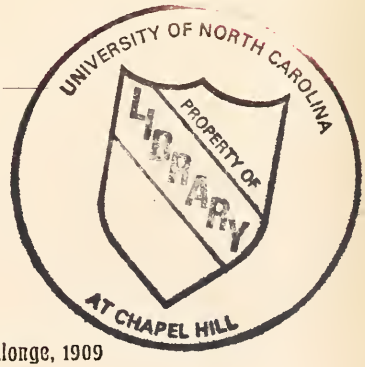
767

GONZALO CANTÓ y ENRIQUE CALONGE

Aquí todos somos buenos

COMEDIA

en un acto y en prosa, original



Copyright, by G. Cantó y E. Calonge, 1909

MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Núñez de Balboa, 12

1909

AQUI TODOS SOMOS BUENOS

250680

Esta obra es propiedad de sus autores, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado, ó se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

Los autores se reservan el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Droits de représentation, de traduction et de reproduction réservés pour tous les pays, y compris la Suède, la Norvège et la Hollande.

Queda hecho el depósito que marca la ley

AQUÍ TODOS SOMOS BUENOS

COMEDIA

en un acto y en prosa

ORIGINAL DE

GONZALO CANTÓ y ENRIQUE CALONGE

Estrenada en el TEATRO PRÍNCIPE ALFONSO el 16 de Junio de 1909

MADRID

R. VELASCO, IMPRESOR, MARQUÉS DE SANTA ANA, 11

Teléfono número 551

1909

A D. Luis de Aldecoa

sus antiguos y verdaderos amigos,

Los Autores

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
CLARITA	Luisa Cano.
DOÑA SINFO	Trinidad Vedia.
DOÑA ANTONIA	Rosario Domínguez.
ENCARNA	Rosario Sánchez.
RAMONA	Luisa Alcalá.
GERMÁN	Francisco Rodrigo.
MANOLO IBÁÑEZ	José Sánchez.
DON CELSO	Emilio Portes.
DON JULIÁN	Felipe Cano.
APUNTADOR	Luis Ferro.
SEGUNDO APUNTE	José Mallén.

La acción en Madrid.—Época actual

Por derecha é izquierda, las del actor

La obra ha sido puesta por el distinguido primer actor D. Francisco Rodrigo.

ACTO UNICO

Representa la escena un gabinete-despacho, adornado con decencia. Hay una puerta en el fondo, una á la izquierda y dos á la derecha. Cuando se levanta el telón, Germán trabaja en su mesa; frente á él y recostado indolentemente en un sofá ó butaca, está su íntimo Manolo Ibáñez lanzando densas bocanadas de humo.

ESCENA PRIMERA

GERMÁN y MANOLO IBÁÑEZ

MAN. ¿Sale ó no sale?

GER. (En lo suyo.) Dos millones, trescientas cincuenta y siete mil setecientas pesetas... (Confrontando.) Esto es.

MAN. ¡Bonita cantidad! Dos millones... Me conformaba con el pico.

GER. ¿Y qué ibas á hacer con tanto dinero?

MAN. ¡Donosa pregunta. Darme buena vida!

GER. ¿Mejor que la que te das?

MAN. ¡Qué ocurrencia!

GER. Desengáñate, Manolo, el dinero no tiene más que un valor relativo.

MAN. Absolutamente absoluto, Germán. Suprime el capital á la sociedad y quédate con el resto.

GER. Si fuera eso posible: si pudiéramos restarle á la sociedad el capital ó el dinero, ganaríamos en perfección y vergüenza lo que perdiéramos en moneda.

MAN. Tonterías... Palabras huecas y propias del original de una novela. El dinero es necesario á la vida; es el único, el verdadero oxígeno del pulmón social. Y tú te pasas el día trabajando por eso mismo, por ganar dinero y más dinero. No, no me interrumpas, ya sé que te hace falta eso y más... ¿Y Clarita?

GER. Bien: como siempre.

MAN. ¿Siguen entendiéndose tus padres con tus suegros y todos con tu mujer?

GER. (Después de arreglar los papeles y acercándose á su amigo.) Perfectamente, chico: todos se entienden admirablemente. Esta casa, ya lo ves, marcha como la seda. Mis padres, mis suegros, mi mujer, tú, que eres el amigo íntimo, aquí todos somos buenos, y nos está muy bien el decirlo, ¿no te parece?

MAN. Ahí tienes una verdad bastante rara. Porque no me negarás que es un verdadero fenómeno que bajo un mismo techo se cobijen padres, hijos, suegros y yernos, y no haya discrepancias, cuando no serios disgustos, y aun si me apuras un poco, sus correspondientes palizas...

GER. Bah: eso piensas tú porque eres un incrédulo.

MAN. Como quieras: pero considero que la familia es una verdadera plaga social... No te rías, no. Y cuanto mayor es la familia que uno tiene, mayores son las calamidades que á uno le rodean. El cariño de la sangre es un timo con que nos obsequia la mamá Naturaleza...

GER. Por eso tú no te casas...

MAN. El matrimonio... otra calamidad social.

GER. Dí más bien otro egoismo. Así estás tú...

MAN. Pero es porque quiero.

GER. Desde luego.

MAN. ¿Y dónde hay mayor perfección humana y qué es lo más que puede un hombre ambicionar si no ser como uno quiera ser y estar como á uno le parezca? Dí que tú has tenido una suerte verdaderamente loca: has

tropezado con una mujer admirable por sus cualidades físicas y por su bondad...

GER. Como hubieras tropezado tú, y aún encontrarías, si quisieras, ¿ó también eres de los que creen que una mujer buena es un mirlo blanco?

MAN. Casi, casi: y si no fuera porque existe Clarita, te diría que una mujer buena, completamente buena, es de más difícil hallazgo que el mirlo blanco.

GER. Bah. Terminarás por ponerme de mal humor. Sois atroces, tú y los que vivís en ese medio ambiente infestado. Si hasta tenéis que huir del sol y vivir solo por la noche, como los malhechores. Por supuesto todos sois malhechores: los unos porque faltan al Código civil y vosotros porque faltais á las leyes de la Naturaleza. Si fuera yo magistrado supremo ya os metería en cintura, ya.

MAN. (Sonriendo.) Filósofo estás, y mira esto también es cosa rara. Que un hombre que vive de los números, que almuerza con la partida doble y come con las minutas del Ministerio, se eleve tejas arriba filosofando es bastante extraño, mi querido amigo.

GER. (Sin hacer caso.) Como vivís rodeados de gente aproximadamente del mismo grado moral que vosotros, juzgais á todos igual. Encontrais mujeres fáciles. Y no os parais á pensar por qué estas mujeres son fáciles... La desgracia, la miseria, y aunque á veces sea el vicio, ¿qué? ¿Es esto razón suficiente para establecer una regla general, y afirmar así en seco que no hay mujeres buenas y hombres perfectos? Vosotros los que trasnochais, los que trocais el orden natural del tiempo sois los únicos causantes de estas imperfecciones.

MAN. ¡Ah, vamos! Para ser un hombre moral y perfecto se precisa acostarse cuando el sol se pone.

GER. La moral y las estrellas tienen pocos puntos de afinidad.

MAN. ¿Quién dice eso?

GER. La Naturaleza.

MAN. La Naturaleza está loca perdida.

GER. Tú, y los que como tú piensan sí que estais perdidos; egoista. Vaya, no quiero avergonzarte delante de mi mujer, ¿me acompañas?

MAN. (Se levanta.) ¿Hasta dónde?

GER. Hasta el ministerio. (Llamando.) ¡Ramona! (Se oye dentro.) ¡Voy!

MAN. Pero, ¿te toca hoy firma? (Sale Ramona foro izquierda.)

GER. No. (A Ramona que entra en escena y queda en el foro.) Avise á la señorita .. (Sale Ramona por la primera izquierda) Me encargaron unos estados y se los llevo al jefe. Lo de siempre, muchos proyectos de organización y después nada. Prometí á mi jefe llevárselos hoy mismo y voy en un momento á cumplir mi palabra

MAN. Después irás á la compañía.

GER. Naturalmente.

MAN. (Con interés.) Tienes hoy liquidación, ¿verdad?

GER. Desgraciadamente.

ESCENA II

DICHOS, CLARITA y RAMONA por la primera izquierda; Ramona cruza la escena y se marcha foro izquierda

CLAR. ¿Te vas ya?

MAN. Muy buenas, Clarita. (Se saludan)

CLAR. ¿Cómo tan pronto?

GER. Si es que voy al ministerio...

CLAR. Entonces...

GER. Mira, mujer. En cuanto deje estos líos á mi respetable jefe vuelvo á casa. Para que no te disgustes, tomaré luego el refrigerio que me tengais dispuesto, y andandito á la Compañía... No hay más remedio. (Se entretiene en recoger unos papeles de la mesa.)

CLAR. ¡Qué vida llevas, hijo!

MAN. Es la única manera de hacerse rico. Su marido, Clarita, terminará por gastar un H-P-50.

CLAR. Lo que hacía falta era que tuviese más sosiego. Si no sé cómo no cae enfermo. Del Ministerio á la Compañía y de la Compañía al Ministerio. Y el rato que para en casa, ya lo ve usted, trabajando. Siempre entre papeles y entre números.

MAN. No crea usted que será tanto, Clarita. Como no trabaje más en la Compañía... en el Ministerio ya sabemos de sobra el trabajo que les cuesta á nuestros funcionarios el hacer algo. Hace usted mal en preocuparse tanto por su marido.

GER. Muchas gracias.

CLAR. ¿Que hago mal?

MAN. Al menos no conviene darlo á demostrar...

GER. (Atajando.) Mira, tú, (A Ibáñez.) si te quieres quedar, quédate.

CLAR. (Sin poderlo remediar.) ¿Cómo?

GER. Que yo tengo prisa... Vaya, ¿vienes ó te quedas? (Manolo Ibáñez está indeciso.)

CLAR. Me parece que tenemos que salir mamá y yo...

GER. De todos modos, yo estoy aquí en seguida. (Cuando se dispone á salir por el foro, sale doña Antonia por la derecha.)

ESCENA III

DICHOS. DOÑA ANTONIA, primera derecha

ANT. ¿Te vas ya?

GER. Sí, madre.

ANT. Buenas, señor Ibáñez. (Se saludan. A Germán.) ¿Y hubieras tenido valor á irte sin decirme nada?..

GER. Iba á entrar ahora...

ANT Ya estás tú bueno... Desagradecido...

MAN. Y luego dirás... Claro, así estás tú. Te mima tu madre, te mima tu mujer, tus suegros...

ANT. Bastante caso hace este de su madre ni de su padre. ¿No entras á decirle adiós?

GER. Si vuelvo en seguida... Vaya, vaya.. Vamos, tú; hasta luego, madre; adiós, Clarita...

ANT. Adiós... (Manolo Ibáñez se despide de doña Antonia y de Clarita.)

MAN. (A Clarita.) Usted cada vez está más bonita, Clara.

(Clara se separa de Ibáñez y sale detrás de Germán foro derecha.)

ESCENA IV

CLARITA y DOÑA ANTONIA

ANT. (Desde la puerta del foro observa cómo se despiden Clarita y Germán.) ¡Qué barbaridad! Se necesita frescura para despedirse tan desahogadamente, y delante de un extraño... ¡Ah, ah! ¡Qué diferencia de tiempos y de educación!... Y luego querrán que una tenga buen humor y le sienten bien ciertas cosas... ¡Ah, ah! (A Clarita que entra.) Vamos, mujer; ¿habeis acabado ya de despediros?

CLAR. Ya, sí, señora...

ANT. ¿Y no te da vergüenza?

CLAR. No creo que deba darme; pero, en fin, usted dirá...

ANT. ¿Te parece bien dar tantos besos y tan descaradamente á mi hijo?...

CLAR. ¿Quién se lo ha dicho á usted?

ANT. Yo que lo he visto...

CLAR. Mal hecho: hay cosas que aunque se miren no deben verse...

ANT. Ya tenemos la sentencia al canto. (Con mucho retintín.)

CLAR. Además es mi marido...

ANT. Ya; ya lo sé que es tu marido: siempre tenemos las mismas sentencias: «¡Es mi marido!» Pues marido y todo eso está muy mal hecho, y delante de gente peor todavía.

CLAR. Ibáñez no lo habrá visto... y si lo ha visto me tiene sin cuidado: con eso comprenderá que en ciertos momentos se estorba. Así como así es un señor que estorba casi siempre...

ANT. ¡Milagro! Ya me lo figuraba yo. Tú no pue-

des ver á los que de verdad quieren á Germán. No hay amigo ó persona de la familia que quiera bien á mi hijo que no te sea antipático. Y es que todo lo quieres para tí: tú la única, la preferida, tú y tu gente: y á los demás que los parta un rayo...

CLAR. Mamá...

ANT. Qué mamá ni qué cuerno... yo no soy madre más que de mis hijos... ¡mamá! ¡mamá! de boquita...

CLAR. Es inútil que busque usted pelea, porque no la acepto. Por mi Germán, por mi marido, por él y sólo por él estoy decidida á aguantar y á sufrir cuanto ustedes quieran...

ANT. ¡Pobrecita! Cualquiera que te oyera creería que eras una mártir...

CLAR. Bueno: si no quiere usted nada más de mí me retiro...

ANT. Sí, sí, vete; vete ya con tu señora mamá: y á ver si puedes domesticarla un poco, que buena falta le hace.

CLAR. Señora... (Se oyen voces y jaleo por la primera izquierda.)

ANT. Escucha, escucha qué escándalo le está armando á la criada... (Vase Clara primero izquierda.) ¡Vaya una familia! Por supuesto, tal para cual... Y que luego digan que son ellos los buenos... (Viendo cómo el escándalo crece.) Ya escampa. (Se acerca al foro izquierda donde se supone que está la riña y escucha.) Vamos, ¿tendrá valor? ¡Pues no dice que...! Hay que mujer más mala... Estaba por entrar...

ESCENA V

DOÑA ANTONIA y DON JULIÁN, primera derecha

JUL. Oye, Antoñita, Antonia, ¿tienes por ahí el periódico?

ANT. Déjame en paz de periódicos...

JUL. ¿También tú te disgustas, mujer? Vaya, vaya. (Con mucha calma coge el periódico que está encima de la mesa de trabajo de Germán, se sienta en

una butaca y lo desdobla.) ¿Se marchó Germán, verdad? Me lo figuraba; es decir, me le anunciaron los rebuznos de doña Sinfo... Camará con la señora: se creerá cuando menos que toda la casa es suya. Cada berrido que suelta un baldosín que se conmueve.

ANT. (Acercándose á su marido.) Gracias á Dios que terminó. ¡Qué señora! Con eso de que su marido perteneció al Notariado y con eso de que les quedan ¡dieciocho duros! de jubilación al mes, cada vez están más inaguantables...

JUL. Y no pasa un día que no repita diez veces eso de que es jubilado de Gracia y Justicia.

ANT. Como tú no tienes nada de jubilación.

JUL. Yo qué voy á tener mujer... Eso se queda para los chupatintas, como tu consuegro; nosotros, que procedemos de la honrada y sufrida clase mercantil, no podemos tener más jubilación, ni más haberes pasivos que los ahorros que hayamos podido hacer durante el ejercicio de nuestra profesión. Y como nosotros no hemos podido ahorrar nada absolutamente, por razones que no son del momento, resulta que hablando en términos mercantiles, nuestro capital es completamente pasivo: no tenemos un céntimo.

ANT. Pero tenemos un hijo que vale para ganarlo.

JUL. Eso sí: y la base de todo cuanto es nuestro hijo se la dimos nosotros...

ANT. Entonces ¿á qué restregarle á uno tanto por las narices eso de la jubilación y eso de la honrada procedencia? ¿Si creerán que con la miseria que cobran tienen lo suficiente?... Si sólo para caprichitos de la señora necesitarían dos pagas.

JUL. Ella es menos dañina que él...

ANT. No digas, que ella es bien mala, y además muy envidiosa. No puede ver que mi hijo, mi Germán, porque es mi hijo, tenga alguna atención con su madre que le echó al mundo. Ya viste el *patatús* que le dió anoche, ¿sabes por qué fué?, de envidia porque mi hijo me obsequió en la mesa, y coraje

porque con ella no hizo lo mismo. Si hubiera sido veneno... ¡Dios padre me perdone!

JUL. Pero reconocerás en medio de todo que doña Sinfo es ciega por tu hijo y lo quiere tanto como tú...

ANT. (Disgustada.) Vamos, vamos, Julián: no me levantes de cascos; ni en broma quiero oirte semejante blasfemia...

JUL. ¿Pero donde habrá ido nuestro hijo á encontrar unos suegros tan agradables? Y el infeliz del muchacho se cree poco menos que su suegra es una serafín con faldas y abdomen que se cayó del cielo para consolarle de sus trabajos, y que su suegro es una especie de San Expedito con jubilación y con *saqué.*

ANT. A última hora ellos serán los buenos y nosotros los raros y los gorrones. Pero él que es el que trabaja y el que sostiene la casa, es mi hijo.

JUL. (Se sienta en el sillón y ojea el periódico; su mujer se sienta frente á él.) Y mío... (Viendo que sale don Celso.) Mira que no se puede abrir el periódico por ningún sitio que no encuentres un crimen... Escucha...

ESCENA VI

DICHOS, DON CELSO y RAMONA, después DOÑA SINFO por el foro izquierda

CELSO (Llamando.) Ramona, muchacha...

RAM. (De mal talante.) ¿Qué quiere usted? (Por el foro izquierda.)

CELSO A ver el periódico, ¿dónde está?

RAM. Lo tiene el señor...

CELSO ¿Qué señor?

RAM. ¿No lo ve usted? Don Julián...

CELSO Pues necesitaba ver una cosa con urgencia... (Doña Antonia á don Julián que trataba de cedérselo.) No se lo des: que lo compre, ese es de tu hijo... (Vase Ramona por el foro izquierda.)

SINFO ¿Qué te pasaba? ¿Qué pedías?

CELSO Que tenía precisión de ver el periódico...

SINFO ¿Para ver el día que te corresponde cobrar este mes? (Marcándolo mucho.)

CELSO Claro; ya suelen anunciarlo los periódicos...

SINFO ¿Y dónde está el periódico? (Don Celso le hace señas de que lo están leyendo don Julián y su mujer.)

JUL. (Lee.) «Cuando se presentó el Juzgado en la Casa de Socorro con objeto de tomar declaración al herido, acababa éste de fallecer.» Cualquiera resiste seis puñaladas, todas ellas mortales de necesidad... Es que aunque hubiera dado la casualidad de que todas ellas no hubieran sido mortales, con una sola que lo fuera, ya no había por qué molestarse en tomar declaración. ¿Verdad?

ANT. ¡Qué años, qué años! No le rodea á uno más que la desgracia y... (Con intención.) malas gentes. Así sale todo.

JUL. (Lee.) «La víctima deja seis hijos...»

SINFO (Interrumpiendo.) Muy buenas... Parece que se pasa el rato...

JUL. Sí, señora; aquí entreteniéndonos un poco; matando el tiempo...

ANT. Como todo lo tenemos hecho...

SINFO No tienen ustedes poca suerte... ¡Quién pudiera decir otro tanto!

ANT. ¡Adiós que estará usted muy cansada...

SINFO Vaya si lo estoy. ¿Le parece á usted poco? (Don Julián tira de las faldas á doña Antonia, pero ésta no hace caso.)

ANT. ¿El qué? El armar escándalos á la pobre criada...

JUL. ¡Antonia!

SINFO ¿Es usted su protectora?...

CELSO ¡Sinfo!

ANT. Soy... una mujer de más sentido que otras que presumen de educación... (Don Julián se levanta y quieras que no entra á su mujer á la habitación. Doña Sinfo la mira amenazadora; vuelve la cabeza doña Antonia y la hace una mueca, y entonces doña Sinfo intenta ir hasta su consuegra, deteniéndola don Celso. Todos hablan á la vez y se increpan y gesticulan y amenazan.)

ESCENA VII

DOÑA SINFO y DON CELSO, después CLARITA

SINFO Pero ¿has visto? Esa familia no tiene ni una pizca de educación.

CELSO Hace mucho tiempo que lo estoy viendo. No sólo no tienen cultura, ni educación, sino que tienen unos sentimientos depravadísimos. No gozan más que haciendo daño: y se complacen llevándonos la contraria en todo lo que pensamos y decimos... Y todavía tu hija se disgusta con nosotros, y todavía cree que son aprensiones nuestras y encima nos quita la razón... ¿Quién me iba á decir á mí, á mí, que he desempeñado el cargo de oficial de la Secretaría particular de la Subsecretaría del Ministerio de Gracia y Justicia, y que en la actualidad pertenezco á la honrada Corporación de jubilados por edad reglamentaria, que había de vivir en compañía de un cacharrero sin educación, sin modales?...

SINFO Y sin dinero; porque tú pagas lo que comes, y ellos comen y no pagan y encima hay que servirlos...

CELSO Que es una ilegalidad, por ser una desigualdad...

SINFO Pues esto es lo que no comprende ó no quiere comprender tu hija.

CELSO Nuestra hija es tonta de remate.

SINFO ¿Tonta? ¡Más qué tonta! Es imbécil completamente. ¿A quién habrá salido?

CELSO A ti, en todo.

SINFO ¡Celso!

CELSO Todo el mundo lo dice. No tiene el mismo genio que tú; pero en lo demás, dos gotas de agua. ¿Y de que te sirve á ti el genio? Cualquiera que te vea, sobre todo conmigo, creería que eras capaz de deshacer el mun-

do... y luego ante ellos .. nada... Así abusan y así ocurre lo que está ocurriendo: que en esta casa somos nosotros después del gato.

SINFO ¿Y quién tiene la culpa?

CELSO Primero tú, después tu hija... Ahí lo tienes...

CLAR. ¿Qué pasa? (Por la primera izquierda.)

SINFO (Sentándose.) Ahí tu padre que todo lo sabe y que lo penetra todo te lo dirá...

CELSO ¿Yo? No... Tú, tú que eres la que te sofocas y te irritas. Tú que eres la que levantas el gallo... como siempre por supuesto...

SINFO Pero ¿habrá descaro más grande?...

CLAR. Vamos, mamá...

SINFO Si no estuviera tu hija delante, ya te diría cuántas son cinco.

CLAR. Mamá, por Dios...

CELSO Lo creo; eres muy bravía.

SINFO (Levantándose.) ¡Celso! (Colérica.)

CLAR. ¡Mamá, por Dios!

SINFO (Remedando á su hija.) ¡Mamá, por Dios! Tú tienes la culpa de todo .. (Se levanta.)

CLAR. ¿Yo?

SINFO Tú, tú y tú...

CELSO En eso tiene muchísima razón tu madre. La culpable de todos estos disgustos, la causante de nuestra desgracia eres tú... (Pausa.)

CLAR. Padre...

CELSO Mira, no me hables...

CLAR. Mamá...

SINFO Déjame en paz.

CELSO ¿Sabes lo que te digo, Sinfo? Que después de todo hacemos muy mal en disgustarnos tú y yo. A última hora, ni tú tendrás otro apoyo que el mío, ni yo puedo esperar nada como no sea de ti...

SINFO Si no fuera por lo que me soliviantas, te diría que tenías razón. A última hora nos veremos solos y sin cariño...

CLAR. Por Dios y por todos los santos, ¿quieren ustedes hablar claro de una vez y no hacerme sufrir diariamente con sus... no sé cómo calificar la conducta de unos y de otros? ¿Qué queja tienen ustedes de mí ó de mi marido? ¿Les falta á ustedes algo?

SINFO Sí nos falta, sí; nos falta tu cariño.

CLAR. ¡Mi cariño! ¿Qué quieren ustedes de mí que no tengan ya? ¡Cariño! Yo sí que podría quejarme de ustedes.

CELSO No; si á última hora será lo que te digo. Ellos los buenos, y nosotros los raros. Muchas veces se le llama á uno especial porque no se tiene valor para llamarle á uno malo...

SINFO Si tú fueras una hija como Dios manda y quisiera á sus padres como es lo natual, no consentirías que fuéramos la burla y el hazme reir de esa familia sin modales para vivir entre personas. ¿Dónde se ha visto, por otra parte, que la madre de una hija casada no pueda disponer en la casa de su hija como se le antoje?

CLAR. Pero, mamá, si aquí no se hace más que lo que usted dispone...

SINFO ¿Tendrá valor? ¿Has oído, Celso?

CELSO Sí, hija, sí. (Con retintín.)

SINFO ¿Lo que yo dispongo? Lo que estoy hecha es una criada: sí, señora, una criada para que esos... señores se coman la sopa boba encima de que no entregan ni un céntimo, sin hacer nada en todo el día.

CELSO Eso, eso...

CLAR. Si usted trabaja es porque quiere: nadie se lo manda. Usted lleva las riendas de la casa, usted dispone de lo poco ó mucho que hay... Y lo hace usted por su gusto, porque usted lo deseaba así. Pero si es esto lo que la molesta, y en ello consiste el malhumor, desde mañana dedíquese usted á descansar también y yo lo haré todo y yo correré con todo; con todo, menos el que tengamos cada día un disgusto y á cada momento un malhumor...

SINFO ¿Ves qué manera de discurrir? Esta es tu hijita; aquella que nos prometió que no nos abandonaría nunca, aquella que nos juró un apoyo decidido... (Haciendo pucheros.)

CELSO ¡Gracias á la jubilación, si no el pan que comemos lo pagaríamos bien caro... (En tono afligido.)

CLAR. ¡Pero!...

SINFO (Levantándose y observando que entra Germán.) ¡A callar!

ESCENA VIII

DICHOS y GERMÁN por foro derecha.

GER. ¡Hola! Me parece que no he tardado...

SINFO (Cariñosa.) ¿Has venido á cuerpecito, hijo?

GER. No, señora. ¿Qué hay, Clarita?...
(Clarita le coge ambas manos y le sonríe.)

CELSO ¿Y tienes que volver á salir?...

GER. ¡No hay más remedio!...

CELSO Pues hijo, es una lata...

GER. ¿Y mis padres?

CELSO Pues...

SINFO Acaban de entrar en sus habitaciones... Hemos estado un rato de conversación...

CELSO Y como se acabó la conversación... pues se despidieron hasta luego... (Doña Sinfo asiente á lo que dice su marido.)

GER. (A Clarita.) ¿Qué te pasa?

SINFO Esta... todo el día se está quejando de la cabeza... (Con zalamería.) Oye, hijo, tomarás algo antes de marcharte á la compañía, ¿eh?

CLAR. Sí, mamá...

SINFO Pues voy á prepararlo... Tú... (A don Celso le hace señas de que entre con ella y don Celso obedece. Vanse foro izquierda.)

ESCENA IX

GERMÁN y CLARITA

CLAR. ¿No entras á ver á tus padres?

GER. Luego entraré... Ahora quiero verte á tí. (La trae cariñosamente al sofá y se sientan ambos.) ¿Estás disgustada?

CLAR. (Risueña.) No; ¿por qué lo dices?

GER. Como estabas tan seria cuando entré...

CLAR. Ah; sí. Las cuentas de la casa... Puedes creer que necesita una saber una contabilidad muy especial, sobre todo cuando pasamos del día veinte ..

GER. Pero...

CLAR. Te advierto que tengo dinero suficiente y Dios mediante llegaremos á primeros de mes sin naufragar... Pero si vieras tú las cuentas que yo hago, te reirías...

GER. Lo creo. ¡Pobre Clarita mía! ¿Por qué no dejas todas esas menudencias á tu madre que tendrá más práctica?... Mira, aquí tienes el producto de mi trabajo extraordinario. ¡Quinientas pesetas! Y dentro de ocho días la paga, es decir, una de las pagas, que la otra la cobraré el mismo día treinta. Las empresas particulares explotan más al empleado en horas y trabajo, pero pagan mejor, el Estado paga menos, de todos modos no puedo tener queja.

CLAR. Yo sí.

GER. Tú, ¿por qué?

CLAR. Porque trabajas demasiado, porque no paras, ni sosiegas un momento. Y esta vida que haces, Germán, me llena de pesar. Si yo pudiera ayudarte.

GER. ¡Bah! Qué más puedo pedir á Dios si no es trabajo y salud para poder trabajar siempre. Trabajas para tí y para mí, y ya que Dios no nos concede hijos, trabajar también para nuestros pobres padres Si no fuera por nosotros lo pasarían bastante mal; sobre todo los míos. ¡Qué mayor satisfacción para nosotros que tenerlos á nuestro lado, ampararlos y revivirlos con nuestro cariño y solicitud... Cada vez que pienso en ellos, en los tuyos y en los míos, porque ya sabes que no hago distinciones, y necesitando más ó menos todos de mí, menos... cada vez que pienso en todos vosotros trabajo con más fe y quisiera que el día tuviera más horas para trabajar más y poderos tener mejor...

CLAR. (Con cariñoso entusiasmo.) ¡Qué bueno eres, Germán!

GER. Bueno, no: soy egoista. Me gusta que me quieran mucho y acaso por eso haya sido siempre cariñoso. Además, ¿quién mejor que la familia y sobre todo quienes mejor que nuestros padres tienen derecho á gozar del bienestar de sus hijos? No es mucho lo que gano en verdad. Para tí y para mí solos, nos sobraría el dinero. Y mira, Clarita, si no es bueno que falte, tampoco es conveniente que sobre con exceso: entonces se trabajaría con menos gusto y yo quiero trabajar mucho; y si ambiciono riquezas, es pensando en vosotros, en todos vosotros. Tus padres son buenos, me quieren y me halagan, como si fuera yo realmente su hijo, los míos también te quieren mucho, ¿verdad?

CLAR. Sí...

GER. Perdóname si estoy algo pesado, pero observo que estás intranquila, y que tus ojos muestran una tristeza grande, ¿qué te sucede?

CLAR. Es... que me da mucha pena que no pares un momento tranquilo en tu casa. Siempre trabajando, luchando siempre é inventando medios para que ni á mí, ni á tus padres, ni á los míos les falta nada. Te preocupas por todos y por todos luchas y te afanas. A veces pienso, ó mejor dicho, sueño con lo feliz que sería yo contigo, solo los dos en un cuartito más modesto...

GER. ¿Y por qué serías más feliz?

CLAR. Porque trabajarías tú menos y me pertenecerías más...

GER. (Satisfecho.) ¿También tú eres egoísta?

CLAR. Es una consecuencia del amor, Germán. El que ama de verdad desea siempre más y más. Y yo, que te amo tanto, desgraciadamente no corresponde la cantidad del amor á la posesión del objeto amado. Yo no quisiera que te separaras de mí, y á donde fueras quisiera siempre acompañarte. Yo no quisiera que los días pasasen tan rápidos; porque pienso que lo futuro vendrá pronto, muy pronto y tengo miedo al porvenir...

(Bajando los ojos con rubor; Guzmán sonríe y la abraza)

GER. ¿Por qué?

CLAR ¿Qué sé yo? Acaso la cantidad del amor que te profeso sea tan grande que en mis ratos de soledad...

GER. ¿Pero estás sola alguna vez, mujer?

CLAR. Siempre que estás fuera de mi lado estoy sola, Germán. ¡Te lo juro! Y en esos ratos pensaré acaso tantos desatinos... pero son desatinos de amor...

GER. Dios te bendiga, mujer. Mírame así, cara á cara. Son tus ojos mi descanso. También yo quisiera mirarme en ellos á todas horas; pero por lo mismo que son como son y tú eres como eres, no tengo más remedio que luchar. El fuego de tus ojos, la serenidad de tu frente, la bondad de tu hermosura, todo ello, Clara mía, me obliga á luchar y me da alientos para la lucha. Piensa como yo, tontina, que en el terreno del amor lo que se pierde en tiempo se gana en fuerza y en constancia.. Mírame así, así... ¿Qué me importan veinte horas de trabajos si cuento con una de descanso y espansión á tu lado? Pobres los que no aman, ¿verdad? y aún más pobres los que sientan el amor y no puedan decirle al objeto de su cariño ¡yo te amo! así como yo te lo digo á ti. (La va á dar un beso y Clara se separa al ver á doña Antonia.)

CLAR. ¡Tu madre!...

ESCENA X

DICHOS, DOÑA ANTONIA, DON JULIÁN, DON CELSO y DOÑA SINFO

ANT. ¿Por qué no me habéis avisado? (Por la primera derecha.)

GER. ¿Para qué?

ANT. Qué pregunta... Pues para verte. ¿O es que yo no tengo derecho á verte?

GER. Sí, madre; ya me está usted viendo. (La acaricia.) ¿Y padre?

ANT. Ahí está.

GER. Voy á verle...

CLAR. Y yo voy á ver si tienes preparada la merienda.

GER. Oye, que no tomo más que un vaso de leche.

CLAR. ¿Nada más?

GER. Claro, mujer: mira la hora que es; si como ahora, no podré cenar con vosotros. Nada, nada; un vaso de leche, y eso porque no te disgustes. Lo tomaré ahí mismo, en mi mesa de trabajo, pero prontito.

CLAR. ¡Qué prisas, siempre con prisas. (Mutis foro izquierda.)

ANT. Oye, Germán. Luego puede que venga tu hermana.

GER. ¿Qué pasa?

ANT. Lo de siempre; que su marido no tendrá trabajo, que estarán sin un céntimo... y con tantos chicos...

GER. ¡Vaya por Dios! Tenga usted, dele esos cinco duros, por si viene y no estoy. Es todo mi capital personal: si comprende usted que puede necesitar algo más, pídaselo á Clara... (Cuando se dispone á entrar en la habitación sale don Julián.)

JUL. ¿Qué hay?

GER. A verlo á usted. ¿Cómo va ese valor?

JUL. ¿Yo? Más valiente que el Cid: ya lo sabes de siempre: á mí no hay quien me mate, ni disgustos, ni dolores. .

GER. ¿Disgustos? ¿Por qué?

ANT. (Mediando.) Lo de Encarnación, lo de tu hermana.

GER. Todo se arreglará.

JUL. Eso digo yo. (Doña Sinfo, don Celso y Clarita salen á escena: la primera trae un vaso de leche, el segundo unos bizcochos y la tercera una servilleta. Salen por el foro izquierda.)

SINFO Aquí tienes, hijo. (Todos con gran amabilidad y con caras risueñas.)

GER. Vamos allá. (Se acercan todos á la mesa y unos con otros guardan cumplidos y atenciones; así puede

observarse cómo doña Antonia al ir á pasar al lado de su hijo dice á don Celso: «Con su permiso.. » y ésté le responde: «Caramba, doña Antonia, no faltaría más». Germán obsequia con bizcochos á su madre, esposa y suegra.)

JUL. (A don Celso.) Hombre, don Celso, ahora recuerdo que pedía usted antes el periódico... (Muy amable.)

CELSO Sí, señor, sí... ¿Lo tiene usted?

JUL. Aquí no. Pero, ¿qué quiere usted saber? porque me lo he leído de cabo á rabo...

CELSO ¡Lo creo! (Maliciosamente.)

SINFO Mi esposo quiere saber qué día del próximo mes le correspondería cobrar en Clases Pasivas. (Marcando las palabras.)

JUL. ¡Ah! ¿Pero trae eso el periódico?

SINFO Sí, señor; todos los meses...

JUL. Pues no lo he leído nunca... voy á ver. (Entra en su cuarto primera derecha.)

CELSO Por mí no se moleste.

SINFO No, no por Dios, no se moleste, don Julián.

ANT. Sí, sí, tráelo, tráelo.

GER. Vaya, andando... (Se levanta y se dispone á sallr.)

CLAR Procura venir pronto.

GER. Lo antes que me sea posible.

JUL. (Que viene con el periódico.) ¿Te vas ya?

GER. Sí.. Hasta luego, madre; adiós (Todos le despiden hasta el pasillo; don Julián se lleva el periódico a su habitación; doña Antonia entra detrás de él, después de mirarse en son de amenaza.)

CELSO ¿Has visto, Sinfo?

SINFO Esta pareja no se enmienda. Llevan la hipocresía y la maldad en la masa de la sangre. (Entra Clara por el foro derecha.)

CELSO Pues yo ya me estoy cansando y un día delante de Germán lo suelto todo y caiga el que caiga. No tengo por qué aguantar tanto como ellos. Al fin y al cabo tengo mi paga.

SINFO Ya lo estás viendo. (A Clarita.) Son malos, son unos hipócritas.

CELSO Déjala, déjala; ya se convencerá. (Entran en su habitación primera izquierda.)

ESCENA XI

CLARITA y ENCARNA

Suena la campanilla; Ramona cruza el foro y se supone que abre. Clarita se deja caer en el sofá, y permanece breves instantes triste y apenada. Cuando entra en escena Encarnación, que trae un niño de pecho, procura Clarita disimular y sale al encuentro de su cuñada

CLAR. Hola, Encarnación, ¿no has encontrado á tu hermano?

ENC. No.

CLAR. Pues acaba de salir...

ENC. (Disgustada.) Hombre, ¡qué casualidad!... *Pa* qué no había yo de llegar tarde...

CLAR Mujer, por eso no te disgustes: si quieres verle espérate..

ENC. Vaya si esperaré. Como que vengo á eso. Vengo á ver á mi hermano. (Se sienta.)

CLAR Bueno, mujer: si yo no te digo nada...

ENC. Es que como sé que te hace poca gracia que vengamos á verle...

CLAR. ¿A mí?

ENC. A tí, sí, señora; á tí. Y si no á tí, á tus padres.

CLAR. Mis padres no se meten en eso.

ENC. Bueno, pues entonces seras tú sola... y yo tengo tanto derecho como los demás. Y no es justo que los demás lo estén pasando muy requetebién y una esté toda su vida hecha una esclava.

CLAR. ¡Vaya por Dios! ¿Tengo yo la culpa de tus desgracias?

ENC. La tendrá el Nuncio. Por supuesto: á tí te daba yo cinco hijos de familia y un marido con un jornal de tres pesetas, el día que las gana, y veríamos los milagros que hacías.

CLAR. Bastante siento lo que te ocurre, y ya procuramos ayudarte...

ENC. ¡Valiente ayuda!

CLAR. Hacemos lo que podemos...

ENC. Bien se lo restregais á una por los hocicos. Por supuesto, si mi hermano estuviera enterado de más de cuatro cosas...

CLAR. ¿Qué cosas son esas?

ENC. Vale más callar...

CLAR. No; vale más hablar... Estoy yo muy harta de callar.. (Con cierta energía.)

ENC. Pues á mí no me da la gana hablar, ¿sabes? Y no me da la gana hablar porque quiero á mi hermano más que lo que te figuras, ¡á mi pobre hermano! que trabaja como un burro para todos, menos para los que debía trabajar. (Al niño.) Toma, hijo, toma... (Dándole el pecho.)

CLAR. Bueno, mujer.

ENC. Eso es, no hay día que venga una á esta casa que no sea para disgustos. Y no lo siento por mí, no; bien lo sabe Dios, si no por esta pobre criatura y por mis padres, que bastante tienen que aguantar los pobres. Por supuesto, si yo tuviera lo necesario para poder atenderlos, en seguidita los iba á dejar que se burlasen de ellos ó los despreciasen... Claro, como mi hermano no para en casa, ¡qué sabe él! (Al niño.) ¿Pero tú qué te has creído?... ¡Muérdase usted la lengua, vaya con el críol... Cuando él está en casa todos son mimos y zalamerías, y en cuanto da media vuelta, se cambia la tortilla... Por supuesto, (Se levanta.) no sé *pa* qué me molesto en hablarte si encima te reirás de una... Vamos, hijito, vamos á ver á la abuelita... Supongo que se podrá pasar. (Clarita no contesta y Encarna entra en la habitación de sus padres, derecha.)

ESCENA XII

CLARITA, DOÑA SINFO, DOÑA ANTONIA y RAMONA

Clarita sigue con la mirada á Encarna hasta que esta entra en la habitación; se oye otra vez gran escándalo entre la criada y doña Sinfo,

y Clarita entra en las habitaciones de la izquierda. Al poco rato sale Ramona y detrás de ella doña Sinfo increpándola, por el foro izquierda

SINFO Aire, aire. Ahora mismo fuera de aquí...

RAM. (Arreglándose el pelo y echándose el mantón.) Se va usté á ver arrastrá...

SINFO Fuera de aquí. ¡Largo!

RAM. Ya, ya me voy. Y aunque no hubiera venío nunca, no hubiera perdido nada. ¡Vaya una señora! (Doña Sinfo entra en su cuarto, primera izquierda.)

ANT. ¿Qué es eso, Ramona, dónde vas? (Por la primera derecha.)

RAM. A mi casa.

ANT. ¡Ah, ya! ¿Te ha despedido doña Sinfo?

RAM. Como usted lo oye... Ella me ha despedido, y además yo quiero marcharme. En toda su vida vuelve á encontrarse con una persona que esté tan de acuerdo.

ANT. Pues no te vas... Anda; á la cocina. Lo mando yo...

RAM. Cá, hombre: si usted también *tié* lo suyo. Anda y que las zurzan á ustedes, que son capaces de volver loco al más pintao. Abúr, señoras; y aprovéchense, que *pa* mí que les queda poco. Porque yo, por mi salú, que antes de ir á mi casa hago una que va á ser soná... (Vase foro derecha.)

ANT. ¡Demonio de criada! ¡Todas son iguales! ¡Vaya un portazo que ha dado! ¡Pues no lleva pocos humos! (Se acerca á la primera izquierda y escucha.) Ya está chismorreando esa buena señora; no sabe tener la boca cerrada. ¡Si le pudiera dar tres puntos en ella!... ¿Qué le dirá á su marido? (Vase primera derecha; queda la escena sola un momento.)

ESCENA XIII

Al poco tiempo suena la campanilla y sale DOÑA ANTONIA decidida á abrir, pero en la mitad de la escena se encuentra con que DOÑA SINFO sale con el mismo objeto: se paran ambas, se miran, y después

de hacerse una mueca se retiran á sus respectivas habitaciones. Vuelve á sonar la campanilla y sale DON JULIÁN de un lado y de otro DON CELSO. A la mitad de la escena se paran ambos y se miran cara á cara

JUL. ¿Qué pasa?
CELSO Que llaman...
JUL. Pues abra usted.
CELSO Yo no soy el portero.
JUL. Ni yo tampoco. (Vuelven ambos á sus habitaciones después de increparse. Suena por tercera vez la campanilla, y esta vez sale Clarita por la segunda izquierda, cruza la escena y se supone que abre. Al regresar Clarita, tras Manolo Ibañez, viene bastante turbada y permanece en último término sin saber qué partido tomar. Clarita queda junto á la mesa de despacho y Manolo Ibáñez á la izquierda.)

ESCENA XIV

MANOLO IBAÑEZ y CLARITA por el foro derecha

MAN. ¿Tardará en venir?
CLAR. Supongo que tardará bastante. Acaso tarde demasiado... como tiene liquidación...
MAN. Esperaré...
CLAR. (Contrariada.) Pues... siéntese...
MAN. (Se sienta.) Usted siempre metidita en casa... (Clarita permanece de pie á bastante distancia de Ibáñez.)
CLAR. Me gusta poco la calle... Además nunca me faltan bastantes cosas que hacer... Una casa da mucho trabajo...
MAN. Pero, ¿cómo? ¿No se sienta usted? ¿Acaso mi visita es molesta?...
CLAR. ¡No, por Dios! (Se sienta.)
MAN. Observo que ni sus padres, ni los de Germán, salen casi nunca de paseo ó de visita. Siempre están metidos en casa... Muchas veces pienso que usted debe de sufrir mucho...

CLAR. No lo crea usted. No tengo motivos para sufrir; al contrario...

MAN. ¡Qué buena es usted!

CLAR. Soy como debo ser. Una mujer casada y enamorada de su marido, no tiene más remedio que ser buena; es decir, no ser mala. Soy como son todas las mujeres casadas.

MAN. No lo crea usted, Clarita; usted es una verdadera excepción... (Pausa.) Usted sufre, Clarita, usted lleva una vida muy triste. No, no me interrumpa usted, ni trate de negarlo. Por algo entro diariamente en esta casa y por mucho que se quiera disimular siempre encuentra uno detalles que son más elocuentes que cuantas confidencias pudieran tener conmigo. Usted sufre y usted calla; pero sus sufrimientos y la bondad de usted, Clarita, no pasan inadvertidos para mí: y en mis ratos de soledad y de hastío, entre las negruras de esta vida aventurera y fuera de ley que llevo, le dedico á usted mi recuerdo más puro; y á mi manera, dentro de mi escasa fe, pido por usted más que por mí... Yo sé que se me critica y con razón, es verdad. Su marido es el primero que me echa en cara mi falta de orden, y otro género de faltas que no puedo decir, sin avergonzarme primero; pero créame usted, Clara, no soy tan malo como me suponen... Yo quisiera que al menos usted no me considerase malo. (Con humildad y cariño.) La vida con sus contrariedades, me dejó colocado en una pendiente, el destino me empujó hacia abajo y no he tenido más remedio que rodar y seguiré rodando; ¿cuánto y hasta cuándo? ¡Quién sabe! (Estrechando el cerco.) Por esto siento una viva simpatía hacia los corazones que sufren, y si creo que hay un Dios es porque yo me encuentro con fuerzas para entregar mi corazón en bien de los demás. Sus padres, Clara, son buenos, tienen un corazón excelente, los padres de Germán acaso tampoco sean malos. Pero todos juntos y unos con otros son malos...

CLAR. ¡Señor Ibáñez!

MAN. No los defienda usted. Aisladamente serán todos muy buenos, pero aquí son muy malos; y esta maldad de ellos, y estas envidias naturales, y estos egoismos, caen sobre usted, sí, sobre usted que á veces no sabrá si el ser buena, será siendo buena hija ó buena esposa ó qué. A Germán calla usted los desprecios que la hacen sus padres, y á los padres de usted callará los que estos últimos le proporcionan. Y en esta lucha tenaz y diaria, y en este choque constante de intereses encontrados, usted es la que sufre, usted y solo usted es la que peligra: que los unos con los otros se consuelan de puertas adentro contándose sus enconos y sus contratiempos. ¿Y usted á quién se lo dice? A nadie. (En tono de súplica.) Yo no tengo título alguno para usted, soy un amigo, una visita de esta casa: no tengo la pretensión de que usted me guarde otro afecto que el que corresponde á una buena amistad. Pero si tuviera la suerte de que usted me creyese sincero y en sus ratos de penas y amarguras, ya que entre la familia carece usted de una voz amiga, se acordase de mí, sería para mí un consuelo muy grande y una dicha sin límites el poderla consolar. ¡Se lo juro!

CLAR. (Confusa.) Señor Ibáñez... yo le agradezco á usted sus buenos deseos... Ya que usted lo conoce y lo ve, no lo he de negar. Así es la vida, ¡qué quiere usted!

MAN. Que no sufra usted. Que esa pena que poco á poco va minando su corazón, ese hermoso corazón, digno de mejor causa, huya de usted para siempre.

CLAR. (Animosa.) Si el amor me pide en recompensa estos sufrimientos por bien empleados puedo darlos...

MAN. Aunque usted sucumba... (Con gran intención.)

CLAR. Como usted no sabe lo que es amor desconoce la fuerza que tiene. Sucumbir, ¿qué importa?

MAN. ¿Que yo no sé lo que es amor? Clara, eso es

un insulto que no la perdono. ¡Que yo no sé lo que es amor! ¡Ojalá fuera cierto...! (Suspirando apasionadamente.)

CLAR. ¡Ah! ¿luego usted ama?

MAN. ¡Como no es posible que ame criatura alguna! El amor es tanto más grande é intenso cuanto más imposible y más lejos de nosotros está. Entonces el amor se sale de los límites angostos de este mundo. Por algo es puro cuando no se posee. (Con vehemencia.)

CLAR. ¿Y no tiene usted esperanzas de satisfacerlo? (Desentendiéndose.)

MAN. ¡Clara! (Se acerca y la coge la mano.)

CLAR. (Se levanta rápidamente y con espanto se queda fija en Ibáñez.) ¿Qué va usted hacer?

MAN. Este amor mío, insensato, pero inmenso es por usted. (Da algunos pasos hacia ella.)

CLAR. ¿Qué dice? ¿Pero está usted loco?...

MAN. ¡Muy loco!... Clara, no disimule usted. Usted sabe que la amo, usted sabe...

CLAR. ¡Quieto! No dé usted un paso más, porque soy capaz de deshacerlo á usted con los dientes, con las uñas, con mi rabia y mi aliento. ¡Ladrón! Es usted un ladrón. Salga usted pronto, pronto...

ESCENA XV

DICHOS, DON JULIAN y DON CELSO. Entran en escena cada uno por un lado

JUL. ¿Qué ocurre?

CELSO ¿Qué voces son esas?

CLAR. (Serena.) ¿Voces? Ninguna. El señor Ibáñez que preguntaba por Germán, y como no está se despedía...

JUL. Pues vaya usted con Dios, señor Ibáñez...

CELSO Servidor de usted.

(Manolo Ibáñez saluda y hace mutis.)

ESCENA XVI

CLARITA, DON JULIAN, DON CELSO, DON ANTONIO, DOÑA SINFO y ENCARNA

CELSO (A su hija.) ¿Pero qué tienes, hija, estás mala?

CLAR. Cállese usted. (Aparte á don Celso.)

CELSO Pues á callar...

JUL. ¿Quiere usted ver el periódico, don Celso?

CELSO No me hace falta ya, ni el periódico ni usted. Y le advierto que no estoy dispuesto á que siga usted molestándome...

JUL. A usted siempre se le molesta. No sé cuando va á llegar el día en que no se dé usted por ofendido.

CELSO Sospecho que nunca...

JUL. Pero oiga usted...

CLAR. ¡Cállense ustedes, los dos!

JUL. No me da la gana..

CLAR. (A don Celso.) Padre, ¡por los clavos de Jesús! entre usted. Ande...

CELSO Y siempre tiene uno que callar, y siempre tiene uno que ceder y aguantarse. Pues no me da la gana á mí tampoco...

ANT. ¿Qué es eso, Julián, qué es eso? (Primero derecha.)

SINFO ¿Qué te pasa? (Primero izquierda.)

CLAR. ¡Dios mío, Dios mío! (Dejándose caer en el sofá.)

ENC. ¿Qué ocurre? (Con el niño en brazos primero derecha.)

CELSO Que esta casa no es casa. Esta casa es un infierno en el que ese señor, ó lo que sea, hace de demonio mayor, con cuernos y todo...

JUL. Oiga usted, *so* chupatintas...

CLAR. (Deteniéndole.) ¡Por Dios!

(Unos se dirigen contra otros. Cuando están á punto de agarrarse, se presenta Germán seguido de Ramona. Entonces todos retroceden.)

ESCENA XVII

DICHOS, GERMAN y RAMONA foro derecha

GER. (Con amargura.) ¡Muy bien, muy bien! (Clarita se deja caer en una butaca y oculta el rostro entre las manos.) Estaba tan ciego, que nunca lo hubiera creído... ¡Muy bien!

ANT. Mira, hijo...

SINFO ¡Germán!

GER. Cállense... Ni soy Germán, ni hijo de ustedes, ni nada... Ahora mismo, pero en este instante, están ustedes cogiendo la puerta y marchándose todos de aquí... ¡todos!.. (Enérgicamente.)

ANT. Pero...

GER. ¡Todos! Ustedes los primeros...

ENC. Oye, tú.

GER. (La coge de un brazo.) Pronto, pronto: que no respondo de mis nervios, ni de mi sangre. Tú, con ellos... Debieron ustedes salir por la ventana como los malhechores... ¡Pronto! (Encarna hace señas á su madre y á su padre y se los lleva. Vanse foro derecha.) Ramona, acompañe usted á esos señores á casa del señor Ibáñez. (Por don Celso y doña Sinfo)

CLAR. ¡No! A casa de Ibáñez, no... (Con gran resolución. Se levanta.)

GER. Pero ¿cómo?

CLAR. Es un canalla y un ladrón.. A ese le he echado yo ya...

GER. ¿Pero *ese* también? (Con asombro y amargura.)

CLAR. ¡También, sí, también!

GER. (Nervioso.) Pues donde sea...

(Doña Sinfo pretende hablar, pero su marido no la deja. Ramona habla con ellos, aconsejándolos que la sigan. Vanse foro.)

ESCENA ULTIMA

GERMAN y CLARITA

Germán pasea por la habitación algo nervioso. Clarita sentada en el sofá trata de ahogar el llanto. Pausa.

GER. No llores, Clara, por tus padres, no llores. Los unos y los otros quedarán bajo mi amparo: no los abandonaré, pero lejos de aquí y fuera de esta casa...

CLAR. No, si no lloro por ellos... Si estoy muy conforme con lo que has hecho; si aplaudo tu decisión, y además... te lo agradezco. (Pausa.)

GER. Parece que se respira mejor...

CLAR. Sí, sí; se respira mejor, ya me ahogaba, Germán. Solos tú y yo. Como ahora, siempre... No dejarás de quererme, ¿verdad? (Le coge ambas manos.) ¿Verdad que me querrás siempre.

GER. ¡Siempre! Quise ser bueno con todos, pertenecer á todos, y ya lo ves, cometía un error. Ahora yo para ti y tú para mí. Esta es la ley humana y esta es también la ley de Dios... Pero sin desamparar á esos pobres viejos (Emocionado.) que al fin son nuestros padres...

CLAR. ¡Germán! ¿Lloras también tú? (Germán se enjuga las lágrimas.)

GER. Sí: ahora que no me ve nadie más que tú lloro también ..

CLAR. ¡Germán de mi alma! (Se abrazan.)

TELON

NOTA

Como al buen éxito de esta obra han contribuído de manera eficaz los excelentes actores que han intervenido en su interpretación, y muy especialmente el Sr. Rodrigo y la señora Cano, los autores se complacen en manifestarles á todos ellos públicamente el testimonio de su gratitud más sincera.

OBRAS DE GONZALO CANTÓ

Casa editorial.
La verdad desnuda.
Las manías.
Ortografía.
El fuego de San Telmo.
Las guardillas.
Candidato independiente.
La leyenda del monje.
Las campanadas.
Los mostenses.
Un no y un sí.
Sobresaltos y saltos.
El rompeolas.
De pillo á pillo.
De la corte al cortijo.
El cocinero de S. M.
El asistente del Coronel.
La real mentira.
El maño.
El celoso extremeño.
Marcia, ópera en tres actos
La siega.
Aquí todos somos buenos.

Precio: UNA peseta